



uc in altum

En tu nombre echaré las redes



**Edición especial en memoria de
Monseñor Jorge Enrique Serpa Pérez**

¡Bienvenido a bordo!

DUC IN ALTUM es el boletín trimestral de la Diócesis de Pinar del Río. Un espacio donde fe, cultura y comunidad se encuentran. ¿Quiere ser parte? Aceptamos con entusiasmo colaboraciones en forma de artículos que se ajusten al perfil de la revista. Juntos podemos hacer de DUC IN ALTUM un faro de comunión y pensamiento. ¡Contáctenos! Escribanos a: [boletinducinaltum@gmail.com]

Director:

Mons. Juan de Dios
Hernández Ruiz sj.

Consejo Editorial:

Elena Fernández Silva
Rafael Ángel Bernal Castellanos
Tania Gómez Rodríguez
Pbro. Alfredo Miguel
Martínez Ross
Jorge Núñez Hernández

Diseño

Cubierta: Milton Portales

Distribución:

Zaimy Padrón Bravo.

Dirección:

Obispado de Pinar del Río.
Calle Máximo Gómez No.160.
E/ Ave. Rafael Ferro y Cdte.
Pinares. P. del Río, Cuba.
Código Postal 20 100.

Tel. 53 (048) 75 7644

¡Síguenos!

Mantente al día con todo
nuestro contenido.

 [diocesispinar](https://www.facebook.com/diocesispinar)

 [@diocesis_pinar](https://www.instagram.com/diocesis_pinar)

 www.diocesispinardelrio.com

SUMARIO

Editorial.....	3
Obituario.....	4
El ministerio del Obispo: enseñar, santificar, gobernar.....	6
Una cosa es con guitarra, y otra con violín.....	8
La huella marianista de Serpa.....	10
El sueño del diaconado permanente.....	13
Lo llamó su amigo.....	16
Mons Serpa, pastor y edificador.....	17
Un adiós que se multiplica.....	20
Kilo 5: un obispo que visitaba la cárcel.....	22
Hija, no puedes renunciar.....	28
Siervo bueno y fiel.....	29
Una Misa para la historia.....	30
La pelota, el arte y la fe de Mons. Serpa.....	34
El último adiós a Mons. Serpa.....	36

ESCANEE EL CÓDIGO QR Y
ACCEDA AL BOLETÍN DIGITAL:



Razones de un homenaje



Misa por los 50 años de ordenación sacerdotal de Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez

La muerte de un obispo no es una noticia más. Cuando ese obispo ha pastoreado una diócesis durante doce años y su ministerio ha dejado huellas tan visibles como silenciosas, la comunidad eclesial siente la necesidad de detenerse, mirar atrás y hacer memoria.

Por eso este número del boletín trimestral es una edición especial. Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez no fue un obispo de escritorio. Su legado se mide en hechos concretos: decenas de templos reconstruidos o levantados desde los cimientos —incluido el primero construido en Cuba después de 1959—, la creación del diaconado permanente en la diócesis, la atención personal y continuada a los reclusos, y una presencia constante junto a las comunidades más vulnerables de Vueltabajo.

Su historia personal, marcada por años de exilio forzado en Colombia y un regreso tantas veces aplazado, forjó en él la perseverancia que después

volcaría en cada una de sus obras en Pinar del Río.

Este boletín recorre algunos momentos de su vida, con especial énfasis en los años que permaneció en Pinar del Río, así como los testimonios de quienes compartieron con él el trabajo y la vida. Queremos que el lector pueda conocerlo no solo como obispo, sino como hombre de fe, de palabra clara, de sentido del humor y de entrega sin reservas.

No es un obituario convencional. Es un ejercicio de gratitud y de memoria eclesial. Porque los pastores pasan, pero sus obras quedan. Y cuando esas obras han alimentado la fe de una diócesis entera, merecen ser contadas con el espacio y el respeto que merecen.

Invitamos a los lectores a recorrer estas páginas con la misma atención con que Mons. Serpa recorrió los caminos de Vueltabajo: sin prisa, pero con la certeza de que cada paso valía la pena.

Obituario

Excmo. Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez (1942-2026)

Con profundo dolor, pero con viva esperanza en la Resurrección, anunciamos que en la noche del 17 de abril de 2026 ha partido al encuentro con Dios nuestro querido Excmo. Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez, Obispo Emérito de la Diócesis de San Rosendo, Pinar del Río (16 de marzo de 1942 – 17 de abril de 2026).

“He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe” (2 Tim 4,7). Con estas palabras del Apóstol Pablo, nos despedimos de un pastor incansable, cuya vida fue un combate por la verdad y una carrera de servicio a su pueblo.

Mons. Serpa fue para la Iglesia de Pinar del Río —diócesis donde vivió y sirvió durante doce años— un custodio infatigable: no solo de templos y obras materiales, que supo promover con visión y tesón, sino, sobre todo, de la comunidad cristiana. Supo mantener la vida pastoral de la diócesis con el mismo amor con que la heredó de Monseñor José Siro, atendiéndola personalmente, cimentando la fe en el corazón de los fieles y animando las vocaciones. Sembró las semillas del Reino desde la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba a través de la Pastoral Penitenciaría y la Pastoral de la Salud, comisiones que presidió durante varios años.

Lo recordaremos como un hombre valiente y de palabra clara. No conoció el miedo a anunciar el Evangelio con libertad, a señalar la verdad con caridad firme y a tratar a todos —sin distinción— de frente, con la honestidad y la franqueza que brotaban de su amor por Cristo y por su Iglesia. Su trato directo y su forma de decir lo que pensaba, sin dobleces, lo llevaron a ganarse el respeto y el cariño de cuantos trataban directamente con él.

Nacido en Cienfuegos, realizó sus primeros estudios en el Seminario del Buen Pastor en La Habana. A partir de 1961 estudió Teología en Tournai, Bélgica, donde obtuvo la Licenciatura. En esa tierra fue ordenado sacerdote el 14 de julio de 1968, incardinándose en la Arquidiócesis de San Cristóbal de La Habana.

De 1968 a 1999 no le permitieron regresar a Cuba, por lo cual fue transferido a la Arquidiócesis de Bogotá (Colombia). De 1968 a 1973 fue Vicépárroco en Bogotá y de 1973 a 1999, Párroco del Corazón Inmaculado de María; de 1985 a 1999 fue director de un colegio católico en Bogotá.

Tras regresar a Cuba en 1999, fue nombrado miembro del Consejo Presbiteral de San Cristóbal de La Habana; de 2000 a 2003 fue Párroco y Vicario episcopal del sector este de la Arquidiócesis; de 2002 a 2003, Administrador del Seminario Mayor de San Cristóbal de La Habana. Posteriormente, de 2004 a 2005, Vicario episcopal del sector Habana Centro, y desde 2003 fue Rector del Seminario Mayor de San Cristóbal de La Habana, compaginando ambos servicios.

Fue nombrado Obispo de Pinar del Río por SS. Benedicto XVI el 13 de diciembre de 2006, ordenado el 13 de enero de 2007 en la Catedral de La Habana, y tomó posesión de la Diócesis el día siguiente.

Su partida deja un legado imperecedero de fe intrépida, laboriosidad evangélica y amor fiel a la Iglesia. Encomendamos su alma a la misericordia de Dios, seguros de que la Virgen María, a quien tanto amó, lo conduce al encuentro definitivo con el Señor, a quien sirvió con todas sus fuerzas.

Invitamos a todas las comunidades, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos a unirse en oración por el eterno descanso de su alma y a dar gracias a Dios por el don de su vida y ministerio episcopal.

“Que los ángeles te conduzcan al Paraíso, y que los mártires te reciban a tu llegada y te lleven a la ciudad santa, Jerusalén. Que el coro de los ángeles te reciba, y con Lázaro, que fue pobre, tengas descanso eterno.”

En Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote,

+ Mons. Juan de Dios Hernández Ruiz
Obispo de Pinar del Río

El ministerio del obispo: enseñar, santificar, gobernar

Por: Pbro. Alfredo Miguel Martínez Ross

En la eclesiología católica, la figura del obispo diocesano ocupa un lugar central como principio visible de unidad y pastor de la porción del Pueblo de Dios que se le confía. Su ministerio, lejos de ser una mera administración eclesiástica, es de orden sacramental y apostólico, encontrando su razón de ser en la continuidad de la misión que Cristo confió a los Apóstoles. La presente reflexión se propone delinear las bases teológicas de este ministerio y detallar sus funciones fundamentales, sustentadas en las fuentes del Derecho Canónico y los documentos del Concilio Vaticano II.

Fundamento teológico

La identidad del obispo no puede ser comprendida sin referirse a su vínculo con el Colegio Apostólico. *Lumen Gentium*, la Constitución Dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, enseña que los obispos, en cuanto sucesores de los Apóstoles, reciben del Señor la misión de enseñar a todas las gentes (cf. LG 20). El Concilio lo expresa claramente: Cristo, el Señor, «edificó la santa Iglesia enviando a sus Apóstoles, lo mismo que Él fue enviado por el Padre (cf. Jn 20,21), y quiso que los sucesores de aquéllos, los Obispos, fuesen los pastores en su Iglesia hasta la consumación de los siglos» (LG 18). Esta misión no se extinguió con los Apóstoles, sino que perdura en los obispos, quienes, puestos por el Espíritu Santo, ocupan el lugar de los Apóstoles como pastores de las almas y, juntamente con el Sumo Pontífice



y bajo su autoridad, son enviados a actualizar perennemente la obra de Cristo, Pastor eterno.

Funciones del ministerio episcopal

Siguiendo la tradición bimilenaria, la Iglesia reconoce en el obispo el ejercicio de la triple función (*munus*) de Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey. La consagración episcopal confiere, junto con el oficio de santificar, también las funciones de enseñar y gobernar. Esta división se halla en el corazón de la identidad episcopal. «Todos y cada uno de los obispos a quienes se ha confiado el cuidado de una Iglesia particular ...ejercen su oficio de enseñarlas, santificarlas y regirlas» (CD 11).

Enseñar (*munus docendi*)

El obispo es, ante todo, un auténtico y verdadero testigo y maestro de la fe. Como sucesor de los Apóstoles, es constituido como tal. Su magisterio no es una opinión privada, sino un servicio a la verdad revelada que debe custodiar, explicar y defender. *Lumen Gentium* 25 afirma que, junto con el Romano Pontífice, los obispos «desarrollan... su deber... en lo que se refiere al magisterio», velando por la unidad de la fe y la disciplina común a toda la Iglesia. El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda que a los Apóstoles y a sus sucesores

«Cristo les confirió la función de enseñar, santificar y gobernar en su propio nombre y autoridad» (CEC 873).

Santificar (*munus sanctificandi*)

El obispo es «el administrador de la gracia del supremo sacerdocio» (LG 26). Su ministerio de santificación se realiza principalmente mediante la predicación de la Palabra y la celebración de los sacramentos, especialmente la Eucaristía. El Código de Derecho Canónico especifica en el canon 835 que «los Obispos ejercen en primer término la función de santificar, porque, al tener la plenitud del sacerdocio, son los principales dispensadores de los misterios de Dios; y en su Iglesia, los moderadores, promotores y custodios de toda la vida litúrgica». Esta santidad, sin embargo, no es solo una acción externa, sino que debe ser un reflejo de su propia vida. El obispo debe ser un hombre «intachable» (1 Tim 3,2), cuya espiritualidad se configura con Cristo mediante la oración y las virtudes teologales.

Gobernar (*munus regendi*)

El gobierno es la dimensión más visible del ministerio episcopal, aunque siempre debe entenderse como un servicio (diaconía) a la comunidad. Cristo dio a los Apóstoles y a sus sucesores el mandato de «apacentar», es decir, de regir el rebaño. El Código de Derecho Canónico establece que al obispo diocesano «le compete en la diócesis que se le ha confiado toda la potestad ordinaria, propia e inmediata que se requiere para el ejercicio de su función pastoral» (CIC 381, §1), incluyendo potestad legislativa, ejecutiva y judicial. Este gobierno, como aclara el Concilio, se ejerce de modo personal en la Iglesia particular que le ha sido confiada, pero en «comunidad

con todo el Colegio Episcopal bajo la autoridad del Romano Pontífice» (CD 3).

Deberes pastorales concretos

La misión del obispo diocesano se concreta en deberes muy precisos dentro de su grey:

- El obispo debe mostrarse solícito con todos los fieles, «cualquiera que sea su edad, condición o nacionalidad» (CIC 383), incluyendo a los alejados.
- El obispo es «principio y fundamento visible de unidad» (LG 23) en su diócesis.
- Le corresponde nombrar vicarios, párrocos y otros ministros, así como velar por la administración de los bienes eclesiásticos y la cura pastoral de las almas.
- Los obispos deben colaborar con la Sede Apostólica y entre ellos, participando en conferencias episcopales y en la solicitud por todas las Iglesias, como fiel expresión de la comunión eclesial.

El ministerio del obispo diocesano es un don y un servicio esencial para la vida de la Iglesia. No se trata solo de un rol administrativo, sino de un sacramento que hace presente a Cristo Pastor en medio de su pueblo. Las funciones de enseñar, santificar y gobernar, lejos de ser compartimentos estancos, se integran en una única misión pastoral: la edificación del Cuerpo de Cristo en la Iglesia particular, en comunión con la Iglesia universal. Esta triple responsabilidad exige un hombre profundamente espiritual, formado doctrinalmente y dotado de una caridad pastoral que le lleve a darse sin reservas por el rebaño que se le ha confiado, siendo verdaderamente un servidor del Evangelio y una esperanza para el mundo.

Una cosa es con guitarra, y otra con violín

Por: Pbro Wilfredo Leiter Juvier. Diócesis de Santa Clara

A finales de 2006 se nos dijo que al día siguiente, la misa de la mañana no sería en la capilla del seminario sino en la capilla de Loreto, de la Catedral, y que la presidiría el Cardenal Jaime Ortega. No había nada litúrgicamente particular que celebrar, así que la clásica curiosidad seminarística se puso a maquinar.

El Cardenal nos mandó sentar y con su estilo elegante nos dijo que el Papa había nombrado a “nuestro padre” Obispo de Pinar del Río; resonó el aplauso de rigor. Nos fuimos a desayunar entre felicitaciones al obispo electo, y recuerdo que algunos nos acercamos a él y le dijimos con sorna: “Ahhh, entonces eso era lo que le pasaba en la última semana”. Él no negó y solo sonrió. La semana anterior el padre Serpa se la había pasado en su cuarto enfermo con unas diarreas que no se le quitaban; evidente efecto de los nervios al enterarse de su nombramiento. Así que hasta el gallo más duro de pelar también tiene sus flaquezas en la pelea.

Lo de “nuestro padre” fue un mote que le puso un seminarista, hoy sacerdote, que tenía, y tiene, esa extraña habilidad de poner apodosos que se quedan. Tanto es así que hasta el Cardenal y otros obispos se referían al rector de esa forma... y a él le encantaba.

Del padre Serpa en su época de rector podría decir algunos defectos, que los tenía, pero me abstengo de hacerlo. De los ausentes no se habla, y más tratándose de quien ya partió. Y su muerte en verdad me conmovió y me trajo innumerables buenos

recuerdos de aquellos años. Quisiera compartir algunos de ellos.

Habíamos pasado por un par de años en que la autoridad del seminario no fue muy dada a preocuparse por el bien material de los seminaristas. Cuando el P. Serpa asumió como rector, heredó dicha situación medio calamitosa. Se dio a la tarea de adecentar un poco las condiciones internas del seminario. No con lujos, que son impropios de un seminario, pero sí con lo mínimo necesario, y mucho que lo agradecemos.

Alguien podría decir que esto versa solo sobre cuestiones materiales. Pero ahí no radicaban las únicas preocupaciones del rector. Aquellos fueron los años de un reordenamiento del plan de estudios, y “nuestro padre” se empleó a fondo en el asunto, consciente de la importancia de la formación académica de los seminaristas. Si no recuerdo mal, bajo su mandato se logró la tan deseada afiliación académica con la Universidad Gregoriana de Roma.

Una virtud suya, sin duda muy poco abundante, era su evidente sentido común. El hombre pragmático de respuestas seguras y claras. Sabía encontrar soluciones equilibradas a las cosas y era firme en sus decisiones. No se andaba por las ramas cuando se trataba de decidir. Y cuando algo quedaba zanjado para él, venía la conocida frase: “Fulano, no hay nada que hacer”.

Muchas veces lo vi ocuparse personalmente de los seminaristas enfermos. Traía de Colombia unos sobrecitos de un mejunje que se



Ordenación sacerdotal del P. Wilfredo

preparaba con agua caliente, que te daba por la noche si tenías catarro, y la pasabas mejor. Fueron los años de aquel cáncer de piel de su amigo y profesor nuestro, el recordado P. Carlos Manuel de Céspedes. Doy fe de que se dividió para ocuparse de él, acompañarlo a Europa a un tratamiento, y de regreso asegurarse de que no le faltara cada noche un seminarista que lo cuidara.

Hay hombres de Iglesia que marcan sus años con un estilo de vida más espiritual. Otros son abnegados pastores. Otros se desviven por la caridad. Y otros, como “nuestro padre”, nos dejaron un legado de sentido común cristiano que es muy necesario a los que pastoreamos almas.

Por aquellos años se trajo a la que ha sido su familia hasta sus últimos días: Nivaldo, su esposa y sus hijos. No solo los trajo como empleados: él personalmente los catequizó y les dio los sacramentos. El más pequeño era el niño, chiquito, flaquito y simpático, que sin rubor ninguno, en medio del

claustro o de un pasillo, le daba con las manos en la prominente barriga al rector y decía: “Yo quepo aquí, esta es mi casita”. Ese era el momento en que el P. Serpa sacaba de dentro toda su carcajada y se ponía rojo como tomate de tanto reír. Aquel niño le había encontrado “el lado de montar”. Guajiros entenderán.

Es cierto que debíamos tener claro quién mandaba en casa; él se aseguraba de hacer valer su autoridad. Pero dejando eso en claro, podías contar con su confianza y su respaldo. Yo me cuento entre esos. No contaré detalles de índole personal que me unieron a él en amistad. Lo que sí lamento es que murió y quedé debiéndole algo. Desde que se fue de obispo a Pinar y yo de cura a Santa Clara, innumerables veces me dijo: “Ven a pasar unos días aquí conmigo”. Nunca fui: la distancia, los enredos, las responsabilidades...

Ahora le puedo pagar esa deuda ofreciendo por él la Santa Misa. Que el Señor le tenga misericordia por sus faltas y premie sus méritos.

Con el paso de los años, al hablar de “nuestro padre” con algunos compañeros de aquella época, siempre concluimos igual: fue el mejor rector que tuvimos. Algún otro fue muy querido, pero no tenía dotes de gobierno; algún otro pasó sin mayores logros, etc. El P. Serpa juntó un poco de varias cosas que marcaron para bien a los que lo conocimos.

El título de estas memorias es la frase con la que Monseñor Serpa comenzó sus palabras al final de su ordenación episcopal. Yo he hablado un poco de “cómo tocó la guitarra”. A los pinareños les dejo el “cómo tocó el violín”.

La huella marianista de Serpa

Por: Pbro Francisco Valls



Mons. Serpa junto a sacerdotes diocesanos y marianistas durante la procesión en honor a la Virgen de la Caridad del Cobre, el 8 de septiembre de 2014 en Pinar del Río

El 1 de enero de 1959 triunfa la Revolución Castrista en Cuba. En ese momento Jorge Enrique Serpa Pérez es seminarista en el Seminario del Buen Pastor de La Habana. El 16 de abril de 1961 se proclama el carácter socialista de la revolución y con ello llega el cierre de los seminarios y la expulsión del país de sacerdotes y religiosos/as.

Jorge quiere ser sacerdote y coge un barco que lo lleva a España. En Salamanca estudia Filosofía y consigue una beca que le concede el seminario de Tournai (Bélgica), donde estudia Teología y es ordenado sacerdote el 14 de julio de 1968.

Llegado ese momento se incardina en la Arquidiócesis de San Cristóbal de La Habana, pero como el gobierno cubano no le da permiso para regresar, mira un mapa del Caribe y ve que Colombia queda cerca de Cuba. Le escribe al cardenal de Bogotá, Mons. Aníbal Muñoz Duque, y le pide ser

recibido en esa arquidiócesis.

Es recibido en Bogotá y destinado como vicario parroquial a la parroquia del Inmaculado Corazón de María, en el barrio Claret. En ese momento el párroco es el P. Marulanda. Esta parroquia atiende un colegio parroquial con estudios hasta 4º de bachiller. El bachiller en Colombia era hasta 6º, y varios colegios parroquiales del sur de Bogotá que solo tenían hasta 4º enviaban algunos alumnos para estudiar 5º y 6º al Colegio Interparroquial del Sur Santo Cura de Ars (CISSCA). Este centro responde a la arquidiócesis de

Bogotá, que ha encargado su dirección a los religiosos marianistas. Ahí nace la relación de Jorge Serpa con los marianistas al enviar alumnos del Colegio del Claret al CISSCA.

Hacia el año 1976 Serpa es nombrado párroco de San Juan de la Cruz en la localidad de Kennedy (en el extremo sur de Bogotá). Es una parroquia que crece enormemente porque a su alrededor se forman muchos barrios pobres de colombianos que habían huido de la violencia o venido del campo a la ciudad buscando mejor vida. En ese momento la parroquia de San Juan de la Cruz tiene cerca de doscientas mil personas.

En 1977 los marianistas de Colombia nos planteamos fundar otra comunidad y en el Consejo Regional se desea que su ubicación sea en misión parroquial y en barrios marginados. Pensamos en hablar con Jorge Serpa por si le interesa la colaboración.

Le planteo: «Jorge, deseamos formar una nueva comunidad para trabajar en una parroquia por el sur de Bogotá, ¿te puede interesar?»

La respuesta fue: «No sé cómo, pero ya».

Los marianistas, no disponiendo todavía de casa, se hospedan el primer año en la casa parroquial viviendo con el párroco y un seminarista (antiguo alumno del Claret y del CISSCA). Apretados, pero así fue. Fueron el padre José María Salinas y el hermano José María Borobio.

El año siguiente, el padre Salinas fue al CISSCA y fueron a San Juan de la Cruz el padre Francisco Valls y el hermano Manuel Gonzalo, pero viviendo en una casita que se arrendó cerca de la parroquia.

En los años siguientes, ante el trabajo ingente que requería la macroparroquia de San Juan de la Cruz, Serpa y los

marianistas buscamos comunidades religiosas que se ubicaran en barrios en crecimiento, distribuidas en puntos estratégicos del territorio parroquial. La finalidad de esa distribución era: asegurar una presencia de Iglesia, ir creando ambiente de comunidad parroquial, ir construyendo templo y casa parroquial (en esa época era relativamente fácil que el municipio asignara un terreno para el templo y locales parroquiales). Las cosas quedaron así:

- Barrio Perpetuo Socorro, donde ya había templo marianista, pues habiendo un sacerdote se aseguraban los servicios religiosos diarios y la celebración de los sacramentos, que se anotaban en San Juan de la Cruz.

- Barrio Roma: religiosas que estaban en el Perpetuo Socorro.

- Barrio Britalia: religiosas Javerianas.

- Barrio Patio Bonito: Hermanas de la Caridad.

Fueron años de un trabajo inmenso coordinado por Serpa, con programas comunes de catequesis y pastoral, reuniones comunes de compartir y preparar, y multitud de celebraciones al



Mons. Serpa en la parroquia San Fco. de Asís, junto al sacerdote marianista Francisco Valls y fieles laicos



Santuario Diocesano Ntra.Sra. de la Caridad del Cobre, sede de la comunidad marianista en Pinar del Río

aire libre en los barrios hasta que hubo templos. Estuvieron como sacerdotes durante estos años Jorge Serpa y Francisco Valls, que fue nombrado vicario parroquial de San Juan de la Cruz. Así llegó el domingo 25 de julio de 1982 en que el cardenal Aníbal Muñoz Duque constituyó, como parroquia segregada de San Juan de la Cruz, la nueva parroquia de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre en el barrio Perpetuo Socorro, nombre sugerido por Serpa y que sigue atendida por los marianistas.

El domingo siguiente se constituyó la parroquia de San Justino en Britalia; el domingo siguiente, la parroquia de Santa Luisa de Marillac en Patio Bonito. En el barrio Roma se constituyó la parroquia de los apóstoles Pedro y Pablo, y posteriormente en ese barrio se constituyó la parroquia de Santa María del Pilar.

En 1980 u 1981 Jorge dejó San Juan de la Cruz para ser párroco de otra parroquia.

En 1999, después de la visita de San Juan Pablo II a Cuba, el cardenal de La Habana, Jaime Ortega, consiguió que el gobierno cubano concediera la autorización para que Jorge Serpa (cubano que nunca renunció a su

nacionalidad) pudiera volver a su patria.

A finales del siglo XX, Mons. Adolfo Rodríguez, arzobispo de Camagüey (Cuba), solicitó a la Compañía de María (Marianistas) que enviara religiosos a Camagüey. El 16 de enero de 2003 tres marianistas (el hermano Celestino Bacas y los padres Juan Bielza y Francisco Valls) llegaron a La Habana. Esperándoles estaban el vicario general de Camagüey, Manolito Padilla (chofer del arzobispo de Camagüey), y Jorge Serpa, a quien Francisco Valls, desde Colombia, había mantenido al tanto de los trámites de la fundación de los marianistas en Cuba.

El 14 de enero de 2007 Jorge Serpa tomó posesión como Obispo de Pinar del Río. Pasados pocos días llamó a Francisco Valls y le preguntó:

“Paco, ¿qué debo hacer para que los marianistas vengan a mi diócesis?”

Se iniciaron los trámites y fructificaron con el envío a Cuba de un sacerdote y dos hermanos, y se inició la presencia en Mariel con el padre Javier Coca, el hermano José Manuel Jaúregui y el padre Francisco Valls, que vino de Vertientes. Allí fue el hermano Pedro Berganzo, recién llegado de España. Mariel pertenece a la provincia de Artemisa y a la diócesis de Pinar del Río. Posteriormente la comunidad de Mariel fue trasladada a Pinar del Río tras conversaciones entre el obispo Jorge Serpa y el provincial de los marianistas, Miguel Ángel Cortés.

Lo que comenzó como una colaboración pastoral en los barrios del sur de Bogotá se convirtió en una amistad que cruzó el Caribe. Hoy los marianistas residen en Pinar del Río y tienen su sede en el Santuario Diocesano Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, fruto del empeño y la confianza de Mons. Serpa.

El sueño del diaconado permanente

“Si alguno quiere ser el primero, que se haga el último y servidor de todos” (Mc 9,35)

Por: Diac. Julián Roberto Márquez García



Primera ordenación diaconal en Pinar del Río, por Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez

Desde el inicio de nuestra vida en la fe por el sacramento del Bautismo, somos incorporados al Cuerpo Místico de la Iglesia y llamados al servicio de la misma. Dios va llamando y cada uno responde desde su vocación.

Hoy les comparto mi testimonio sobre una vocación de servicio y entrega en nuestra diócesis de Pinar del Río: la de Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez, quien partió a la casa del Padre recientemente.

Monseñor Serpa llegó a nuestra diócesis en 2007 con su toma de posesión. Desde el principio comenzó a adentrarse en la dinámica pastoral diocesana, poniendo su acento y estilo como nuevo pastor.

En lo personal, comenzamos una relación de laico a Obispo muy sencilla, pero a la vez muy profunda; puedo decir

que llegamos a ser amigos.

Entre las muchas áreas pastorales que emprendió estaba la animación misionera, en la que trabajamos intensamente. Llegó a pedirme que animara la Comisión Diocesana de Misiones, un servicio que compartimos durante diez años. Fue una etapa muy intensa, de muchos sueños y proyectos en la formación de laicos animadores de comunidades y casas de misión. A propuesta suya y aprobado por el clero, los llamamos Animadores Pastorales Parroquiales, tomando como referencia a los Ministros de la Palabra: laicos formados para celebrar la Palabra en comunidades y templos. Nuestra diócesis fue pionera en Cuba en este servicio.

Apenas al año de su llegada, la diócesis fue azotada por dos huracanes

en el plazo de una semana. Fue un reto enfrentar tanta destrucción y pobreza: pueblos devastados, templos destruidos o muy dañados. Monseñor Serpa puso entonces sus dones para recuperar y crear infraestructura para el servicio pastoral. Fueron años de intenso trabajo, de búsqueda de ayuda internacional para solucionar la demanda de materiales y auxiliar a las familias de esta región. Fue un hombre con una capacidad increíble para llevar la administración de varias áreas a la vez.

Entre las muchas obras que hoy disfrutamos en la diócesis está la Casa de Convivencia Nuestra Señora de Loreto, que fue su desvelo y en cuyo diseño puso su sello personal. También muchos templos y capillas, y la construcción desde los cimientos del templo parroquial de Sandino.

A su llegada, Monseñor Serpa se interesó rápidamente por la formación de candidatos al diaconado permanente, un camino ya iniciado por su antecesor, Mons. José Siro, pero que se encontraba en pausa y discernimiento. Él decidió continuarlo, pues además de ser necesario, la diócesis era una de las pocas en Cuba que aún no contaba con ese ministerio.



Ordenación diaconal de Agustín Román, por Mons. Serpa

Retomó a algunos de los candidatos antes propuestos y llamó a otros, formando así un grupo de cuatro. Esta primera promoción fue ordenada el 6 de agosto de 2011, y estuvo integrada por los diáconos Roberto Sánchez Graverán, Julián Roberto Márquez García, Armando Ramírez Ferrer y José Vicente Concepción Robaina. Fue un día histórico para nuestra diócesis: por primera vez Pinar del Río contaba con diáconos permanentes.

Pero su empeño no se detuvo ahí. Mons. Serpa continuó impulsando este ministerio con la misma dedicación. El 2 de julio de 2016 ordenó al diácono Jorge Abreu González; el 25 de septiembre de ese mismo año, a Agustín Román Hernández; y el 26 de noviembre de 2017 a Alberto Noel Jiménez Barrera.

De este modo, su visión y su constancia dejaron en la diócesis siete diáconos permanentes, siendo hasta el momento las únicas ordenaciones de este tipo realizadas en Pinar del Río. Damos gracias a Dios por esta visión de fortalecer la vida de la Iglesia con este servicio.

Yo, uno de esos cuatro primeros, también fui llamado por él a servir fuera de mi pueblo, de mi parroquia de origen. En 2012 me pidió servir en la parroquia de Minas de Matahambre, a 120 kilómetros de mi pueblo. Se ocupó de todo, hasta de los más mínimos detalles del traslado de mi familia: hijos, esposa... Fue una experiencia maravillosa e inolvidable. Siempre se lo agradeceré. Fue una fortaleza para mi vocación y mi experiencia familiar en la misión. Estuve dos años en ese pueblo. Después



Encuentro de formación de los diáconos permanentes en Pinar del Río

me pidió servir en la parroquia de Cabañas, alternando con Bahía Honda, mi parroquia de origen, pues la distancia lo permitía. También, durante un tiempo, me nombró responsable de pastoral en mi parroquia por no poder contar con un sacerdote residente.

Creo que cada miembro de esta diócesis podría testimoniar sus experiencias vividas con Serpa. Era un hombre de carácter fuerte y directo, pero

eso no le impedía manifestar su cercanía y escucha a quienes lo necesitaban en cualquier situación. Se sensibilizaba mucho con las necesidades a su alrededor.

Demos gracias a Dios por su paso, por sus huellas en nuestra diócesis y en nuestros corazones. Hoy está junto a Dios intercediendo por nosotros y por este pueblo al que ayudó y con el que sufrió. Los hombres pasan; las obras quedan.

Lo llamó su amigo (Jn 15, 15)

Por: Tania Gómez Rodríguez



El 18 de abril de 2026, junto a la Iglesia que peregrina en Cuba, despedí a Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez, Obispo Emérito de la Diócesis de Pinar del Río.

Y mientras lo acompañaba en la Capilla La Milagrosa de Guanabacoa, su primera comunidad al regresar a Cuba, pasó por mi mente el recuerdo de los 12 años que sirvió a Dios en la Iglesia local de Vueltabajo.

Fue un ministerio con virtudes y miserias que, al ser colocadas en balanza, las virtudes anulan completamente cualquier pobreza humana. Hombre de convicciones firmes y de esa libertad que solo ofrece Dios. Por eso llamaba a las cosas por su nombre y decía de frente lo que pensaba, pues vivía con la certeza de que su compromiso primero era con el Cristo Encarnado que miraba constantemente en el Sagrario del Obispado, desde la posición donde se sentaba. “Cuando las cosas se ponen fuertes, yo lo miro y le digo: este asunto es tuyo, encárgate Tú” —me contaba un día.

Su preocupación por la vida pastoral lo llevaba a participar en la mayoría de las ocasiones en las reuniones de los equipos diocesanos. Así no solo conocía

la realidad vivida, sino que asesoraba la labor a desempeñar.

A él le debemos la reparación de varios templos y capillas de la Diócesis, la remodelación de la Casa Diocesana y la construcción del templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús en Sandino, primero construido después de 1959, así como el Convento de las Religiosas de Santa Brígida en la ciudad de Pinar del Río.

Fue el obispo que dio vida a las procesiones del 8 de septiembre y al Via Crucis por las calles de la ciudad, a la entrada al Estadio Capitán San Luis de la imagen de la Virgen Mambisa en brazos del equipo de pelota cuando la Peregrinación Nacional.

Fui testigo de una organización extrema de los expedientes de cada recluso que llegaba a sus manos y de horas interminables de trabajo cuando era Presidente de la Pastoral Penitenciaria.

Doy fe del esfuerzo por mantener viva la Revista *Vitral* de la Diócesis a pesar de los contratiempos que enfrentaba.

Paralelamente asumió en varias ocasiones la atención directa de parroquias sin sacerdote, no solo con la misa dominical, sino también con la animación pastoral apoyada en los Consejos Parroquiales.

Pero todo esto es parte de su corona de gloria. Todo esto es lo que hoy presenta a Dios en sus manos. Es lo que lo hace ser de “los amigos del Señor”.

Hoy, sobre su ataúd se encontraba una foto, regalo de su Ordenación Episcopal el 13 de enero de 2007, y ella llevaba grabada la frase del apóstol San Pablo que fue su lema: “Sé en quien he puesto mi confianza”. Gracias, Monseñor Serpa, por hacerla vida y enseñarnos cómo se es un pastor bueno. Descansa en paz.

Texto originalmente publicado en *Palabra Nueva*.
Reproducido para esta edición especial.

Monseñor Serpa, pastor y edificador

Memorias de un arquitecto

Por: Arq. Magol Valdés Loban



Sagrado Corazón de Jesús en Sandino, primer templo construido en Cuba después de 1959

Con satisfacción y gratitud escribo estas memorias que, en apretada síntesis, pretenden dar testimonio de mis vivencias en la ejecución de las obras constructivas que emprendió Monseñor Jorge Enrique Serpa Pérez, Obispo de Pinar del Río, durante su tiempo como pastor en esta diócesis.

Siempre recordaré con respeto su preocupación y seguimiento de todas las construcciones que emprendió, sin importar la magnitud y el alcance de las mismas, desde la concepción inicial del proyecto, el control y avance de la ejecución hasta su conclusión y puesta a punto para brindar el servicio al que fueron destinadas.

En su actuación se debe distinguir la preocupación tanto por los detalles como por los elementos

más significativos, tanto del salario de los operarios, el suministro de los materiales constructivos e insumos, como del aprovechamiento de capacidades de elaboración de componentes de las obras en talleres dentro del mismo Obispado.

Dentro de los momentos más tensos y significativamente reconfortantes estuvieron las reconstrucciones de los templos afectados por los ciclones Gustav e Ike en 2008, cuando debido a la escasez y déficit de muchos de los componentes y materiales tradicionales para las reparaciones, se hizo necesario la importación y traslado de muchos de estos desde México. Sin ello, hubiese sido muy difícil el acortamiento de los plazos de ejecución y la conclusión de las obras.



*Ampliación y remodelación de la casa diocesana
Ntra. Sra. de Loreto*

sido reconstruida), Iglesia Ermita de la Caridad de Pinar del Río.

Casas de convivencia y centros pastorales

Casa Misionera de las Hermanas Mínimas (Primera Etapa), Casa de Encuentro y Oración Nuestra Señora de Loreto, Casa Misioneras de la Caridad (Consolación del Sur), Casa de Convivencia (Obispado de Pinar del Río).

Entre todas las obras emprendidas, merece una mención especial la construcción del templo parroquial de Sandino, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. No fue una reparación ni una restauración: fue una edificación levantada desde los cimientos, y con ella se alcanzó un hito histórico: el primer templo construido en Cuba después de 1959.

A continuación, enumero las edificaciones en las que intervine junto a Monseñor Jorge Enrique Serpa Pérez, Obispo de Pinar del Río:

Templos y capillas

Capilla El Pitirre, Capilla San Cayetano, Capilla Santa Lucía, Iglesia Catedral de Pinar del Río, Iglesia de Bahía Honda, Iglesia de Consolación del Sur, Iglesia de Guane, Iglesia de Hoyo del Guamá, Iglesia de Las Pozas, Iglesia de Los Palacios, Iglesia del Reparto Maica, Iglesia de Minas de Matahambre, Iglesia de Paso Quemado, Iglesia de Sábalo, Iglesia de San Juan y Martínez, Iglesia de Sandino, Iglesia de San Cristóbal, Iglesia de Las Mangas, Iglesia de Viñales (seriamente dañada por el ciclón al poco tiempo de haber

Obras de impacto social

Biblioteca Diocesana (reparación integral), Guardería km 3 Carretera a Luis Lazo, Guardería km 7 Carretera a Luis Lazo, Convento de la Orden de Santa Brígida (Primera Etapa).

La dedicación a la edificación de estas obras supera la simple enumeración, aunque se tenga en



Mons. Serpa supervisando la reconstrucción del templo de Viñales

cuenta el monto financiero o los recursos que en ellas se incluyen; la dimensión real radica en la proyección de la fe y el impacto social que las mismas alcanzan. En un entorno como el nuestro, donde la práctica religiosa se ve encerradas en “Casas de Misión”—lugares cuyos moradores ofrecen momentáneamente para que se desarrollen reuniones catequéticas novenas y algunas ocasionales homilías, sin que por ello dejen de ser viviendas—, reparar una vieja capilla o levantar una nueva es alimentar la esperanza y premiar la fe, del mismo modo que demostrar que las necesidades espirituales son tan importantes como las materiales, sin descuidar que esa pequeña construcción en muchas ocasiones implicó mejorar también el modo de vida de esas comunidades con obras (por ejemplo, las guarderías) que facilitaban la cotidianidad de los vecinos.

A Mons. Serpa “le tocó” asumir los daños que el tiempo y el clima habían



Capilla San Cayetano

hecho en esta diócesis, su labor como constructor fue el “ciclón” que levantó lo que las circunstancias habían derribado. Hoy, cada uno de estos templos y obras sigue siendo testigo mudo de su empeño y de su amor por esta porción del Pueblo de Dios que le fue confiada.



En la Capilla San Cayetano (en los extremos sacerdotes colombianos, al centro Mons Serpa, el jefe de brigada y el Arq. Magol)

Un adiós que se multiplica

Tras el fallecimiento de Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez, las redes sociales se convirtieron en un espacio de encuentro y despedida. Decenas de personas compartieron recuerdos, oraciones y agradecimientos. Hemos querido recoger algunos de esos mensajes que reflejan la profunda huella que dejó en los corazones de quienes lo conocieron, cerca o lejos.

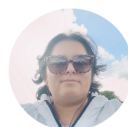


E.P.D Monseñor Serpa. De usted recibí la ordenación diaconal. Recuerdo mucho nuestros encuentros para usted calar en lo mas profundo de mi corazón el si para este año celebrar 10 años al servicio de nuestros hermanos. En el lugar donde se encuentre siempre. Gracias...gracias...gracias.

-Agustín Román

Fue párroco rector de mi colegio, Inmaculado Corazón de María, en Bogotá... Hombre admirable, de fe, sus grandes ejemplos marcó muchas vidas aquí en Colombia, por misericordia de Dios nos encontraremos un día en la Casa de Padre, alegría, tristeza y gratitud, en mi corazón. Bendito Dios, por Sacerdotes como él.

-Denis Stella Baquero Millán



Hace 50 años y 4 meses bendijo nuestro matrimonio en la Parroquia San JUAN DE LA CRUZ en Bogotá. Damos gracias a Dios por su vida y su Ministerio Sacerdotal, un gran Pastor de Almas y formador incansable de la FE. Gracias Señor por este Regalo hermoso de su vida y Pastoreo. En tus manos Señor entregamos su Alma, de las manos de Mamita María. Amén.

- Luis Antonio Rodríguez y
María Eugenia Sánchez de Colombia

Monseñor gracias por su presencia en Venecia como párroco y gran amigo de tantos que optamos por la vida consagrada... Dios lo tenga en su gloria disfrutando de tanto bien que hizo en Colombia... Oro por la familia serpa Pérez desde Villavicencio..

-Victor Linares





Que Dios lo reciba en su Gloria, fue un buen Pastor, sembraba el amor hacia todos en particular en la Pastoral Penitenciaria, donde serví junto a él y Sor Alicia, me evangelizó con ternura, y a la vez con gran disciplina, fortaleciendo en mí la honestidad, como complemento indispensable para seguir a Cristo, gracias por todo, que descanses en paz y desde allí ruegues y veles por tus hijos que te recordarán siempre.

-Maty Fuertes Porben

Con profunda alegría en Cristo-Jesús guardaré los recuerdos que viví con quien fuera mi rector y director de curso en mi último año del bachillerato en grado undécimo, respeto, un gran carisma de alegría en su rostro y mucho don de afabilidad me inspiró, sus palabras firmes me orientaron en aquellos años juveniles de la adolescencia (1985-1986) y contribuyeron a sembrar en mi alma el amor por el evangelio de nuestro Señor Jesucristo y es en Él en quien ha vuelto a vivir. Paz en su alma por toda la eternidad.



-Eduardo Cuéllar Mahecha



En la imagen mi hermano Arnulfo Ortiz Gómez recibiendo su primera comunión de manos del padre cubano Jorge Enrique Serpa en la década de los 70 en la iglesia San Juan de la Cruz (Kennedy-Bogotá), por cosas de el destino juntos fallecen el mismo día,, el padre Murió en La Habana, Cuba, el 17 de abril de 2026, a los 84 años. Y mi hermano en la ciudad de Villavicencio Colombia el 17 de abril 2026 a la edad de 62 años...paz en sus tumbas



- Nelson Ortiz Gomez

Kilo 5: el Obispo que visitaba la cárcel



Mons. Serpa durante una de sus visitas a la prisión de Kilo 5, Pinar del Río

Cuando Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez llegó a Pinar del Río en 2007, traía consigo una convicción que marcaría su ministerio: la Iglesia no puede dar la espalda a los que sufren, ni siquiera cuando el sufrimiento está tras las rejas. Por eso, desde el primer momento, se implicó personalmente en la pastoral penitenciaria, una de las misiones más duras y menos visibles de la diócesis.

“Reclusión no es lo mismo que exclusión”, repetía, tomando las palabras del Papa Francisco. Y lo demostraba con hechos: visitas regulares a la prisión de Kilo 5, atención personalizada y una defensa firme de los derechos humanos de los presos, incluso de aquellos que la sociedad había descartado.

La Pastoral Penitenciaria en Cuba fue creada en 1989 como una comisión nacional dependiente de la Conferencia de Obispos Católicos Cubanos. Su objetivo, según explicaba

el propio Mons. Serpa en una entrevista publicada en *Palabra Nueva* (2022), es “promover en el mundo penitenciario una espiritualidad centrada en el encuentro con Jesucristo para su conversión al evangelio y su promoción de los valores humanos”.

Pero el camino no ha sido fácil. En las cárceles cubanas, la Iglesia no tiene capillas ni capellanes estables. A pesar de las dificultades, la pastoral se organiza en cada diócesis con una Comisión Diocesana, capellanes, voluntarios y asesores jurídicos.

“Procuramos que sea una pastoral fundamentalmente de acogida y defensa del preso —explicaba en 2022—, donde las actividades, las intervenciones, el estilo de actuación, todo ha de estar inspirado por una actitud de respeto, cercanía, escucha, comprensión, empatía y nunca por el juicio, la condena, el rechazo, la distancia o el menosprecio”.

Serpa conocía bien el sistema

penitenciario cubano. Como presidente de la Comisión Nacional de Pastoral Penitenciaria, se atendían todas las “prisiones cerradas” (un total de cincuenta y dos en todo el país) donde los reclusos solicitaban atención religiosa. “Hemos insistido en que nos permitan, aunque sea una vez por año, el podernos dirigir a toda la prisión, claro, de manera libre, pues el evangelio se propone, no se impone. Hasta ahora, esto no se ha logrado y, sin embargo, las evaluaciones de las autoridades sobre los que asisten son muy positivas, por lo que no entiendo que algo que ayuda se prohíba”.

“Yo, personalmente, atiendo a un grupo de treinta personas; de ellos solo tres están bautizados”, confesaba. Ese grupo lo visitaba mes tras mes en la prisión de Kilo 5, en Pinar del Río. No iba a dar discursos. Iba a escuchar, a hablar, a celebrar la Eucaristía cuando se podía y, sobre todo, a recordar a aquellos hombres que la sociedad había descartado que seguían siendo personas.

Pero no fue un trabajo solitario. Mons. Serpa supo rodearse de un equipo de colaboradores que compartieron su pasión por esta misión. Sus voces dibujan un retrato fiel del pastor que no temía a las rejas.

Testimonios de quienes lo acompañaron

Justo Rodríguez, Ingeniero eléctrico, fue llamado en 2010 por Mons. Serpa para coordinar la pastoral penitenciaria a nivel nacional. Recuerda aquellos inicios:

“Conocí a Mons. Serpa el día de su ordenación episcopal, el 13 de enero de 2007, en la Catedral de La Habana. En 2010 me llamó para colaborar con él en la coordinación de la pastoral penitenciaria a nivel nacional. Existían cuatro áreas bien definidas: con los reclusos, con sus familiares, con los animadores y comisiones diocesanas, y con Cáritas Suiza.

Nos encontrábamos con los reclusos que pedían asistencia religiosa al menos una vez al mes. Se hacían



Mons. Serpa y el equipo nacional de Pastoral Penitenciaria

celebraciones eucarísticas, se les preparaba para recibir los sacramentos, pero lo más importante: se les ofrecían temas sobre valores humanos basados en el Evangelio para ayudarles a su reinserción social. A los presos políticos, y mucho menos a los plantados, no los dejaban participar.

Mons. Serpa asistía a cada uno de estos encuentros mensuales en la prisión de Kilo 5. Con su presencia animaba a los reclusos, que le consideraban mucho y que esperaban con expectación nuestras visitas porque Monseñor les transmitía esperanza y creaba un clima de libertad y diálogo a pesar de la presencia de guardias vigilantes, que con su sola estancia intentaban coaccionar la participación, pero no lo lograban. En algunas de sus intervenciones, el Obispo se dirigía personalmente a ellos, aunque como está claro, nunca respondían ya que no estaban autorizados.

Antes del encuentro nos reuníamos con las autoridades penitenciarias y ahí pude ver la firmeza con la que Mons. Serpa trataba las situaciones que presentaban los reclusos, sin titubeos ni contemplaciones.

También conocí varios casos de reclusos de otras prisiones que Mons. Serpa presentó ante las autoridades superiores, logrando en algunos resultados notables. Nunca se vanaglorió de sus gestiones, y fueron muchas.

Considero que de todas las actividades pastorales de la Iglesia, incluso de la pastoral social, y especialmente en la situación de Cuba, esta es la misión eclesial más difícil porque su acción depende en gran medida de condiciones externas y muy particularmente de las autoridades carcelarias, que todos sabemos la dureza con que actúan. Esto significaba un gran reto, pero pienso que con la autoridad y entereza de Mons. Serpa se logró avanzar en este difícil camino.

Junto a Mons. Serpa pude aprender de su dedicación y organización en el trabajo, de su firmeza de criterios, que sabía defender sin dejar de escuchar al otro, de su coherencia de vida, de su atención a los problemas, sin esperar reconocimientos ni evitar juicios adversos. Era difícil trabajar con él por su exigencia en el cumplimiento de las tareas en tiempo y forma, pero a



Sor Alicia junto a colaboradores de la pastoral penitenciaria, entregando ayuda material a familiares de reclusos



Eucaristía y encuentro con familiares de los reclusos el Día de la Virgen de la Merced

la vez nos enseñaba con su ejemplo. Siempre se presentaba ante todos —autoridades, reclusos, familiares, animadores de la pastoral penitenciaria y representantes de Cáritas Suiza— con cercanía, alegría y actitud dialogante, pero también con la solidez de carácter que lo identificaba.

Considero, sin temor a exagerar, que fue el momento en que más se avanzó en esta acción pastoral de la Iglesia en Cuba desde su institución oficial en los años 1990, sobre todo en la atención al interior de las prisiones y en el trabajo de las comisiones diocesanas”.

Sor Alicia González, Hija de la Caridad, formó parte del equipo de pastoral penitenciaria, asistía a la prisión con el obispo y a los encuentros con los familiares de los reclusos:

“El trabajo en la Pastoral Penitenciaria lo realizaba un equipo de cuatro personas, incluido Mons. Serpa, junto a dos laicos. Visitábamos la cárcel de Kilo 5 y atendíamos a un grupo de por lo menos treinta reclusos mensuales, con

los reeducadores presentes. También trabajábamos con los familiares de los presos”.

Mercy, colaboradora de la pastoral, destaca el legado humano de Mons. Serpa:

“Monseñor Serpa asumió la causa de los privados de libertad como una cruz pastoral propia. Al frente de la Comisión Nacional de Pastoral Penitenciaria fue un defensor elocuente de la verdad, afirmando con valentía la existencia de presos políticos en la isla y pidiendo una revisión de sus casos.

Su ministerio fue profundamente personal y tangible. Mientras muchos hablaban de estadísticas, él hablaba de nombres y rostros. “Yo, personalmente, atiendo a un grupo de treinta personas; le escuché confesar más de una vez en innumerables reuniones y encuentros, relatando cómo pedía insistentemente permiso para entrar en las prisiones no solo a celebrar, sino a hablarles a los presos directamente. Esta cercanía le permitió constatar la dura realidad

de condenas extensísimas y la soledad de aquellos que la sociedad había descartado.

Incluso después de su renuncia como Obispo en 2019, lejos de retirarse al descanso, volcó sus energías en La Habana, colaborando activamente con la Pastoral Penitenciaria y Cáritas. Su ejemplo de valentía, su palabra clara y su amor preferencial por los que sufren quedarán como un estandarte para la pastoral penitenciaria del futuro”.

Ariel, músico y colaborador laico, recuerda con nitidez el día que recibió el llamado:

“En 2014 llegué permanentemente a residir en Pinar del Río e inmediatamente me incorporé a la vida de comunidad, específicamente en la Parroquia Sagrada Familia de Nazaret. De tanto en tanto, iba a la Catedral de San Rosendo a celebraciones especiales; y ahí lo conocí.

Siempre me dio la impresión de hombre recto y correcto. Tenía una postura firme en cuanto a muchos temas, la cual acompañaba con una

gran fraternidad y una especial dulzura —mezclada con firmeza resolutiva— para decir las verdades o corregir a quien lo necesitaba.

Siendo una relación de simple fiel a Obispo, me extrañó mucho recibir un recado suyo solicitando que nos reuniésemos, pues necesitaba conversar conmigo. En dicha reunión conocí la existencia de la Pastoral Penitenciaria, de su importancia, misión y objetivos. Al ser una persona que nunca había puesto pie en un centro penitenciario, recuerdo sentir un poco de temor y ansiedad, lo cual él recibió con una mezcla de ternura y gracia”.

Llegó el cuarto sábado del mes:

“Había un gran silencio en el carro, y él miraba al retrovisor como mirando que yo no estuviera nervioso. Llegamos al Centro Penitenciario, nos recibieron los oficiales y yo pensé: ‘Ya pasó lo peor’... estaba equivocado. Ante infinidad de pasillos y recovecos, llegamos a una pequeña sala, donde ya nos esperaban los reclusos, ansiosos, alegres, joviales. ‘Ten cuidado al hablar’, me decía Mons.



Visita a la cárcel con la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, en octubre de 2011, durante la peregrinación nacional por los 400 años de su hallazgo

Serpa, 'pues estos tienen una manera especial de ponerte en aprietos'.

Mi misión era asistirle y cantar en algunos momentos. Con el tiempo, me fui involucrando, escuchando sus historias. Cada realidad era diferente, y ellos mismos decían que estar recluso cambia la perspectiva de la vida".

Ariel confiesa que quiso renunciar:

"Recuerdo no querer ir más, recuerdo haberle dicho que buscara a alguien más, y de nuevo, con su manera especial de decir las cosas, dijo: 'Ah, pero tú crees que fui yo quien te llamó para esto? Piensa bien... porque YO NO FUI! Y lo entendí todo.

Estuve acompañándoles hasta su retiro, y algunos de ellos, aun luego, llamaban a casa por teléfono. A Monseñor, sin duda, lo recordaré como a un gran pastor".

En la entrevista concedida a *Palabra Nueva* en 2022, ya como obispo emérito, Mons. Serpa seguía al frente de la Comisión Nacional. Hablaba con la misma claridad, pero con una serenidad aún mayor. Sobre los sucesos del 11 de julio de 2021, afirmó: "Han sido motivo de reflexión desde el mismo día de los hechos, y lo sigue siendo particularmente para todos los que queremos que en Cuba haya paz y armonía".

Y lanzó una frase que resume su pensamiento: "Solo un mundo de

hombres cambiados será un mundo cambiado". No es una frase ingenua. Es la constatación de que la prisión no es la mejor escuela para cambiar a nadie, y de que la sociedad entera es responsable de la delincuencia que genera.

"Nosotros rezamos en uno de los prefacios de la Misa, pidiendo que las luchas se apacigüen y crezca el deseo de la paz, que el perdón venza al odio y la indulgencia, a la venganza y esto puede ser una linda experiencia a poner en práctica en medio de los conflictos."

A la pastoral penitenciaria Mons. Serpa volcó horas interminables de trabajo, una organización minuciosa de los expedientes y una cercanía personal que muchos reclusos nunca olvidarán. Su grandeza no se mide por los cargos que ocupó, sino por su capacidad de bajar a los infiernos humanos para devolverles a los caídos la certeza de que Dios no abandona a nadie.

Nota final: Este artículo ha sido elaborado a partir de la entrevista publicada por la revista Palabra Nueva (2022) y los testimonios de colaboradores de la Pastoral Penitenciaria que compartieron su experiencia junto a Mons. Serpa.

Hija, no puedes renunciar

Por: Nelly Tereza Zabaleta Noval, laica de la parroquia del Inmaculado Corazón de María en Bogotá

Monseñor Jorge Enrique Serpa Pérez fue para mí un guía, la persona que siempre me escuchó y me orientó. Lo conocí a los 14 años, cuando llegó a la parroquia del Inmaculado Corazón de María en Bogotá. Allí estuvo junto a su maestro, el padre Jesús María Marulanda.

Era muy joven, sencillo y entregado por completo al servicio de Dios. Se hizo querer desde el primer día. Recuerdo que nos dijo: "Estoy aquí para aprender de mi maestro y para servir a toda la comunidad". Todos pensamos que era un verdadero sacerdote, y que Dios y la Virgen estaban con él.

Su cercanía era extraordinaria. Escuchaba hasta el final y luego daba la orientación que cada persona necesitaba. Era como un padre para todos. Una palabra que nunca olvidaré me la dio cuando me casé y quise separarme por conflictos con la familia de mi esposo. Él me dijo: "Hija, no puedes renunciar. Tienes



A la izquierda Nelly Tereza, en el centro Mons. Serpa

que seguir adelante por tus hijos, por la familia que formaste. Hay que luchar por lo que se quiere". Luché con lágrimas y gracias a él, aquí sigo: 48 años de matrimonio.

En el colegio, enseñó a mis hijos el respeto y el amor al servicio de los demás. Les inculcó que la misa no fuera por obligación, sino por verdadero vínculo con Dios. Mis hijos son excelentes personas y muy queridos donde los conocen. Eso también es fruto de sus enseñanzas.

Recuerdo una frase suya en una reunión: "Vamos a compartir un momento de alegría". Y yo le contesté: "¿Qué mejor que estar todas sus ovejas con el buen pastor?". Fue en uno de sus cumpleaños, un 16 de marzo.

Para mí, él se ganó el título de "el buen pastor". Entregó su vida al servicio de los demás sin importar raza, color ni religión.



Cuando Mons. Serpa llegó a la parroquia del Inmaculado Corazón de María en Bogotá

Siervo bueno y fiel

Por : Sor Alicia González González, hc



Visita de la Colmenita a la Catedral de Pinar del Río, en enero de 2012

Por voluntad de Dios he tenido la gracia de servir en la Diócesis de Pinar del Río en dos ocasiones. La segunda vez fue de septiembre de 2010 a abril de 2013, y durante esos años conocí de cerca a Mons. Jorge E. Serpa Pérez.

Hombre de fe, fiel a la Iglesia, incansable, recto, libre, sencillo y veraz. Sabía decir al sí, sí, y al no, no. Abierto a todos, sin importar a quién. Tenía un gran celo apostólico por los niños. Así fue como abrió una catequesis en la Casa Diocesana Loreto para los niños del barrio del Obispado. Comenzó con cuatro niños y, en menos de un año, ya eran más de sesenta. En vacaciones escolares, los llevó en dos ómnibus a lugares de La Habana que la mayoría no conocía: el Zoológico, el Acuario, y otros espacios de recreación. También trajo a La Colmenita hasta la Catedral de Pinar del Río.

Siempre estuvo al tanto de las comisiones pastorales, de los sacerdotes diocesanos, de la vida religiosa de las comunidades que había en la diócesis y de las que él trajo nuevas, en especial de nosotras, que vivíamos tan cerca del Obispado. Todo esto, junto con las Cáritas parroquiales y diocesanas, se tradujo en una atención constante a los más vulnerables, especialmente tras el paso de los ciclones que atravesaron distintas partes de la diócesis y destruyeron casas, familias e iglesias.

Sé que el Señor ya te ha recibido como el siervo bueno y fiel. Desde el Reino, intercede por tu querida diócesis pinareña e intercede ante nuestra Bendita Madre de la Caridad por el pueblo cubano que sufre y pide libertad.

Una Misa para la historia

Por: Rafael A. Bernal Castellanos



La Peregrinación Nacional de la Virgen de La Caridad, Patrona de Cuba, entre agosto de 2010 y noviembre de 2011, recordando su aparición cuatro siglos atrás en la bahía de Nipe, constituye un hecho profundamente significativo en el decursar nacional y en el quehacer de la Iglesia cubana.

Hacía más de cincuenta años que la imagen de la Virgen no abandonaba su Santuario en el oriente cubano; durante ese lapso Cuba había vivido momentos muy complejos en la relación Iglesia-Estado y la presencia de la Fe en el pueblo había sido fuertemente reprimida por lo que para algunos hablar de religión y particularmente de catolicismo resultaba casi un anacronismo.

Sin embargo, la visita se S.S San Juan Pablo II en 1997 y la coronación por él de la imagen de la Virgen en la Plaza Antonio Maceo en Santiago puso de manifiesto otra realidad: la Fe seguía

viva; no solo por los exvotos que se conservaron en el Santuario durante toda esa etapa y que provenían de todas las esferas sociales y profesiones, sino por algo más evidente, aunque no profusamente manifiesto: el cubano contaba con “Cachita” para vivir y ella seguía siendo su Virgen.

Con tales elementos a mano la organización de un recorrido que abarcara todas las diócesis del país suponía no solo que la imagen transitara visible y dispuesta por todo el itinerario sino —y muy importante— que en cada sitio hubiera un momento para su adoración y que cada diócesis la honrara con una Misa digna de su figura.

Es evidente que no solo cada diócesis sino cada parroquia puso todos sus esfuerzos en lograr que la presencia de la Virgen en su territorio estuviera revestida de la mejor organización y de las mejores condiciones, tanto

materiales como espirituales, para que el homenaje no quedara en simple jolgorio sino genuino acto de fe.

Por tanto, las misas que despedían a la Virgen para que pasara a una diócesis vecina adquirieron una significación que tornaron cada una en una ceremonia mayor que mostraba tanto el compromiso como la creatividad de la comunidad y, en cuanto a este último término, vale resaltar que acogía no solo a la Iglesia y sus representantes sino, por primera vez en muchos años, a las autoridades civiles del territorio.

El tránsito por la diócesis pinareña (desde el 2 de octubre hasta el 6 de noviembre de 2011) sería casi al final del recorrido —entregaría la Imagen a La Habana donde concluiría el glorioso paseo— permitió que los feligreses vueltabajeros fueran valorando lo ocurrido desde la partida en Santiago pues querían que la estancia de la Virgen entre nosotros superara en efusividad, estética y originalidad a lo sucedido en las estancias anteriores, pero... había una dificultad: la Iglesia no contaba con una instalación lo suficientemente grande y atractiva para acoger la misa de bienvenida.

Monseñor Serpa, Obispo de la diócesis, compartía la preocupación de sus colaboradores y feligreses, sabía que la cantidad de pinareños de todas las parroquias deseosos de asistir a la misa, no solo para ver la sagrada imagen sino para hacerle manifiesta su fe, superaba la modesta capacidad de la Catedral de San Rosendo; en sus visitas al rebotante estadio Capitán San Luis, para presenciar los encuentros beisboleros de su querido equipo veguero, había atendido a los atletas, entrenadores y aficionados que le preguntaban dónde y cómo sería la misa y el interés crecía por encima de la posible clasificación del

equipo verde a la final del campeonato.

Fue allí, durante una conversación con los peloteros, donde se le ocurrió la respuesta: el estadio era el lugar adecuado para la misa; en él cabían todos los que ansiaban acudir ante la Virgen, llegar a él no era difícil, no hay nadie en la Diócesis de San Rosendo que no sepa cómo se llega a esa instalación deportiva, su imagen, inconfundible en aquellos momentos de búsqueda de la clasificación, identificaba a Pinar del Río en toda Cuba y todo pinareño en el exterior recordaba con nostalgia «su estadio», sin olvidar que el equipo local estaría orgulloso de ser la sede y adecuar el terreno para una misa al aire libre no era difícil, pero... ¿Y las autoridades locales lo permitirían?... ¡Ahí era donde había que pedirle ayuda a La Caridad del Cobre!

No puede decirse que las autoridades locales habían sido reacias a la colaboración, desde la llegada de la imagen de la Virgen al ámbito diocesano tanto en Artemisa como en Pinar del Río habían apoyado todas las necesidades del recorrido y mantenían contacto diario con la Iglesia para garantizar que no se presentaran contratiempos, pero esto... ¡No estaba en los planes! Cuando las instancias superiores del Gobierno y el Partido se reunieron para ajustar la colaboración y el intercambio necesario que debía brindarse a la Iglesia en el desarrollo de la Peregrinación Nacional es muy probable que nadie hubiera pensado en qué hacer si se solicitaba el uso de una instalación oficial —y el estadio lo es— para una celebración multitudinaria. A través de toda la etapa revolucionaria no se había dado ninguna situación que pudiera servir de precedente, pues en el caso de la visita de San Juan Pablo II a Cuba el empleo de la Plaza Antonio Maceo para

la coronación de la Virgen se trató del uso de un espacio controlado por las autoridades santiagueras pero público, al igual que los terrenos posteriores a la Facultad de Cultura Física de Santa Clara utilizados durante la misma visita; ahora la Iglesia Católica solicitaba entrar y utilizar una instalación estatal.

Aunque las relaciones Iglesia-Estado-Partido no mostraran en 2011 las divergencias y tensiones de otros tiempos, esta petición era toda una sorpresa; pero... ¡Todo sea por la Virgen de la Caridad! Se obtuvo la autorización y comenzaron los preparativos.

No todo quedaba resuelto; en sus frecuentes conversaciones con miembros del equipo PINAR DEL RÍO y su Dirección, Mons. Serpa había sentido la presencia de una fe que iba más allá de persignarse al llegar al cajón de bateo o besar un crucifijo al anotar una carrera; era algo que merecía ser reconocido más allá de estar presentes en la misa y acercarse a la imagen de

la Virgen Mambisa, y ahí vino el otro detalle... conseguir que las autoridades aceptaran que Norlis Concepción, Donal Duarte, Luis Alberto Valdés, Reinier León, Julio Alberto Martínez y William Saavedra llevaran la Virgen desde el carro que la traería al estadio hasta el espacio que se le había destinado en el terreno para la celebración y, ¡por supuesto! que lo hicieran con su uniforme deportivo. Esta fue otra idea que se salía de lo previsto, hasta ese momento los portadores habían sido, en su mayoría, laicos destacados de cada lugar quienes llevaban la imagen a donde fuera necesario de acuerdo con la ceremonia; ahora, en el buen sentido del término, eran figuras públicas, deportistas admirados, ídolos de grandes y pequeños que con ese humilde poner el hombro para el traslado indicaban que se puede ser distinguido socialmente y creer en la Virgen; un mensaje veraz que había sido esquivado a través de los años y que





nada menos que un Obispo católico ponía a la luz; el criterio oficial de que los peloteros lo hicieron a título personal no le restó significación a la idea, más bien la amplió.

Pero las preocupaciones no terminaban aún; desde la llegada al territorio pinareño las abundantes lluvias fueron una constante y no había previsto un sitio alternativo bajo techo para la misa porque... ¡No existía, ni existe aún! Todos estaban atentos al Instituto de Meteorología como si nos amenazara un ciclón.

Mas, cuando al amanecer del domingo 30 de octubre los madrugadores pinareños salieron rumbo al estadio fueron recibidos por un límpido sol dispuesto también a honrar a la virgen.

En la instalación deportiva esperaron a la Patrona de Cuba Mons. Bruno Musaró, Nuncio Apostólico de su Santidad en Cuba que acudía a su primera presentación oficial,

su secretario el Padre Fabrice Rivert, Mons. Juan de Dios Hernández Ruiz en esos momentos Obispo Auxiliar de La Habana y el recordado Mons José Siro González-Bacallao, Obispo Emérito de Pinar del Río.

Sin proponérselo quienes ese día ocuparon las gradas del estadio Capitán San Luis fueron testigos de algo que trascendía la anécdota, estaban comprobando que la Fe es algo que está más allá de los templos si quienes la profesan son personas que viven su fidelidad en el desempeño cotidiano, aún en lo más sencillo. Se estaba asistiendo a una misa que aspiraba abrir una etapa mejor para Cuba.

Algunas semanas después el equipo PINAR DEL RÍO conquistaba el primer lugar en la Serie Nacional de Béisbol, sus integrantes, eufóricos, alzaban sus ojos al Cielo y sus seguidores, en lo más profundo de sus corazones, exclamaban ¡¡¡Gracias, Virgen de la Caridad!!!

La pelota, el arte y la fe de Mons. Serpa

Por: Leandro Hernández Morciego

Hablar de Monseñor Jorge Enrique Serpa Pérez, o simplemente “el Padre”, como le llamábamos en la familia, es recordar a una persona muy especial. Fue un hombre de fe profunda, con un amor enorme por los demás y una cercanía que hacía que cualquiera se sintiera acogido a su lado. Aunque llegó a ser Obispo y desempeñó importantes responsabilidades dentro de la Iglesia, los que tuvimos la suerte de conocerlo de cerca sabemos que, ante todo, era una persona extraordinaria. Tenía la capacidad de encontrar valor en las cosas más sencillas de la vida, de interesarse sinceramente por los demás y de hacer sentir importante a cada persona con la que se encontraba. Su sencillez, su humanidad y su forma de tratar a la gente son, sin duda, algunas de las cosas que más recuerdo y admiro de él.

Cuando estaba como Obispo de Pinar del Río, recuerdo que siempre tenía las puertas de su despacho abiertas para quien lo necesitara. Y cuando por sus responsabilidades no podía atender en ese momento, buscaba la manera de hacerlo después. Nunca dejaba a nadie sin ser escuchado ni sin una respuesta. Esa conversación tranquila, con voz suave, ese sentido del humor y su sonrisa hacían que uno se sintiera cómodo desde el primer momento. Sabía escuchar con atención, aconsejaba con prudencia y siempre encontraba las palabras adecuadas. Tenía ese don de hacer que cada persona se sintiera importante, valorada y comprendida.

Otra característica que admiraba de él era el interés que tenía por la cultura y

todo aquello que pudiera enseñarnos algo y ayudarnos a ver el mundo de una manera diferente. Recuerdo que en su oficina casi siempre sonaba música instrumental de fondo; era algo que formaba parte de su ambiente y que parecía acompañar perfectamente aquellas largas conversaciones en las que compartía historias, experiencias y reflexiones.

Le apasionaba hablar de arquitectura, de arte y de los lugares que había conocido durante los años que vivió fuera de Cuba. Muchas veces me contaba anécdotas sobre iglesias, catedrales, museos y edificios que había visitado en Europa y América Latina. Lo hacía con un entusiasmo muy grande, como quien no solo observa una obra, sino que sabe apreciar la historia, el trabajo y la belleza que hay detrás de ella. Recuerdo que muchas veces me decía asombrado: “¡como es capaz de hacer estas cosas el hombre!”.

Sin embargo, algo que siempre me llamó la atención era que, después de haber conocido tantos sitios impresionantes, seguía maravillándose, de la misma manera, con las bellezas de Cuba: le fascinaban nuestros paisajes, nuestras ciudades, la arquitectura colonial, los vitrales de las iglesias y tantos detalles que muchas veces pasamos por alto día a día. Tenía una capacidad especial para detenerse y admirar aquello que otros daban por sentado.

Por otra parte, estaba su gran amor por la pelota, un cubano de pura cepa que no podía resistirse a la magia del deporte nacional. Para el Padre,



el equipo de Pinar del Río era una extensión de su pueblo, de su gente y de esa tierra que tanto llegó a querer. La pelota era uno de esos espacios donde se sentía plenamente cubano y donde disfrutaba compartiendo con quienes lo rodeaban. Su pasión por el béisbol nos dejó momentos inolvidables.

Tuve la suerte de presenciar uno de los momentos que mejor reflejan su sentido del humor y su cercanía con la gente: el juego de la semifinal entre Pinar del Río y Matanzas. Antes de que comenzara el juego, bajó al terreno con esa naturalidad que siempre lo caracterizó para saludar a los directores de ambos conjuntos y a los jugadores. Tras saludar al director de sus queridos Vegueros, se acercó al director de Matanzas, quien con mucho respeto le pidió su bendición. El Padre con su generosidad de pastor y como siempre hacía, se la concedió de inmediato. El director matancero, intentando jugar con la psicología del momento, sonrió y dijo en tono de broma: “Ya está perdido Pinar del Río, porque me ha dado la bendición a mí”. El Padre, sin perder un segundo y con esa picardía tan nuestra, le respondió con una sonrisa: «A usted le di la bendición, pero a ellos les di la

fuerza». ¡Y mira que si funcionó! Justo en ese juego, Pinar del Río “dijo a batear” como nunca y terminó ganando el juego por una gran ventaja de carreras. Aquel suceso quedó como una de las anécdotas más simpáticas y entrañables de su paso por la provincia.

Otro momento que reflejó de manera especial esa unión entre la fe y la pelota que tanto disfrutaba, fue durante la peregrinación de la Virgen de la Caridad del Cobre por

Cuba. Recuerdo especialmente su paso por Pinar del Río, cuando la celebración eucarística tuvo lugar en el estadio Capitán San Luis. Aquella imagen permanece grabada en mi memoria: la Virgen entrando al terreno llevada a hombros por peloteros uniformados, representantes de un pueblo que la recibía con emoción y esperanza. El Padre vivió aquel momento con una alegría enorme. Para él era algo muy significativo ver unidas esas dos realidades: la fe de nuestro pueblo y su pasión por la pelota. Aquella celebración demostró, una vez más, que Dios también se hace presente en los lugares donde la gente vive, sueña y comparte sus alegrías.

Su partida deja un vacío enorme para todos los que lo conocimos y lo quisimos, pero también nos deja muchísimos recuerdos y enseñanzas. Los que tuvimos la suerte de compartir parte del camino con él sabemos que fue un hombre bueno, auténtico y profundamente humano. Y aunque hoy nos toca despedirlo, me gusta pensar que allá arriba seguirá hablando de arte, disfrutando de la belleza de la creación y, por supuesto, siguiendo algún juego de pelota.

El último adiós a Mons. Serpa



Misa de Exequias celebrada en la Capilla La Milagrosa, Guanabacoa

La Misa de exequias por el eterno descanso de Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez se celebró en la Capilla La Milagrosa, en Guanabacoa, lugar que guardaba un significado especial para él: fue la primera comunidad que atendió a su regreso a Cuba, después de décadas de exilio forzado.

Familiares, sacerdotes, religiosos y fieles se congregaron para despedir al Obispo Emérito de Pinar del Río, quien partió a la Casa del Padre el pasado 17 de abril de 2026, en La Habana, donde residía desde su renuncia al gobierno pastoral de la diócesis en 2019.

Tras la celebración, su cuerpo recibió cristiana sepultura en el Cementerio de Guanabacoa, en el panteón familiar, donde descansa en paz junto a los suyos.

Acción de Gracias en la Catedral de Pinar del Río

Fieles de Vueltabajo se congregaron en la Catedral de San Rosendo para una Misa de Acción de Gracias por la vida y el ministerio de Mons. Serpa.

Presidida por el clero diocesano y concelebrada por sacerdotes de toda la provincia, la Eucaristía reunió a una asamblea que quiso rendir homenaje al pastor que supo levantar templos, acompañar a los encarcelados y caminar

junto a su pueblo en los momentos más difíciles.

Fue una tarde de recuerdos, oración y gratitud. En las bancas de la Catedral aún resonaban sus homilías y la certeza de una entrega que no se olvida.

Misa de sufragio en el Cementerio de Colón

En la mañana del 17 de junio, los obispos cubanos se reunieron en la capilla del Cementerio de Colón, en La Habana, para celebrar una misa en sufragio por dos pastores recientemente fallecidos: Mons. Silvano Herminio Pedroso Montalvo, Obispo de Guantánamo-Baracoa, y Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez, Obispo Emérito de Pinar del Río.

Al lugar llegaron prelados de todas las diócesis cubanas, junto a numerosos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, que se unieron en oración por el eterno descanso de estos dos siervos de Dios.

La Eucaristía fue presidida por el Cardenal Juan de la Caridad García



Misa de Acción de Gracias por la vida y el ministerio de Mons. Serpa en La Catedral



Peregrinación hasta el Panteón de los Obispos, en el cementerio de Colón, La Habana

Rodríguez, Arzobispo de La Habana, y concelebrada por el Nuncio Apostólico, monseñor Antoine Camilleri, y monseñor Arturo González Amador, Obispo de Santa Clara y presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba.

En su homilía, el Cardenal García Rodríguez evocó las virtudes teologales —Fe, Esperanza y Caridad— representadas en el frontispicio del camposanto, y las aplicó a la vida de ambos obispos. Recordó que Jorge Enrique y Silvano Herminio “fueron crucificados, calumniados, coronados de insultos, sufrientes, pero en vida resucitados por la fe”. Subrayó también la entrega generosa de ambos pastores: “sacerdotes y obispos casados con la Iglesia y su pueblo”, que “asistieron y bendijeron muchos matrimonios naturales, fieles sacramentales”.

Hizo referencia a la imagen de la Esperanza que corona el cementerio, con el ancla que mira al cielo, y añadió: “Ancla a la cual se abrazaron nuestros Obispos Jorge Enrique y Silvano

Herminio, que confiaron en el Señor durante tiempos malos y tiempos buenos”.

Al término de la celebración, los presentes peregrinaron hasta el Panteón de los Obispos, donde monseñor Arturo González Amador elevó una oración en memoria de ambos prelados, encomendándolos al amor de Dios y agradeciendo el testimonio que dejaron a las comunidades que acompañaron a lo largo de su ministerio.



Nivaldo y Yamilka, familiares de Mons Serpa, llevando las ofrendas en la Misa de Exequias



Cada 8 de septiembre, la Virgen de la Caridad del Cobre recorre las calles de la diócesis de Pinar del Río. No es una imagen nueva para los fieles, pero durante décadas no fue posible verla así. Las procesiones multitudinarias desaparecieron tras el triunfo de la Revolución Cubana. Hasta que llegó Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez.

Con su impulso pastoral la Virgen Mambisa volvió a salir, y el pueblo, que la esperaba, la acompañó. Lo mismo ocurrió con la procesión del Viernes Santo, que Serpa impulsó con la misma determinación y que hoy congrega a centenares de fieles. Lo que comenzó como una iniciativa valiente se ha consolidado como tradición. En cada paso, en cada cántico, late la huella de aquel pastor que supo devolver a su pueblo la alegría de caminar juntos tras la Virgen.



El escudo de un pastor

El escudo de Mons. Serpa se divide en tres campos. En la parte superior, de color azul marino, aparece la letra M, en honor a la Santísima Virgen María.

En el lado izquierdo, sobre un fondo terracota que simboliza la fertilidad de nuestra tierra, destaca la mariposa (flor nacional), que representa la unidad de la familia diocesana. El rojo y el azul de este campo evocan también los colores de la bandera cubana.

En el lado derecho, la cruz se alza sobre el valle de Viñales, como signo de la misión recibida: anunciar el Evangelio de Jesucristo en Pinar del Río.

Las borlas y el sombrero eclesiástico (galero) confieren al escudo su carácter clerical, mientras que el báculo situado al fondo indica la sucesión apostólica, que hace del Obispo un pastor de la grey.

Por último, el escudo lleva la inscripción latina ECCE EGO, que significa "Aquí estoy", la respuesta bíblica de quienes se ponen a disposición del llamado de Dios.

ECCE EGO

